

EL LENGUAJE EN LA PRÁCTICA MÉDICA

Blas Gil Extremera

Servicio de Medicina Interna

Hospital Universitario “San Cecilio”

Granada

Telf.: + 34 958 24 90 81

Fax.: + 34 958 24 07 16

e-mail: blasgil@ugr.es

Este artículo ofrece algunas reflexiones nacidas al socaire de la situación que atraviesa nuestra lengua en España. Es frecuente la desatención y su uso inapropiado por profesionales de la comunicación: periodistas, comentaristas, locutores, presentadores, analistas, etc.-; políticos y otros colectivos; y, sin embargo, en el resto del orbe se registra un imparable aumento, estimándose que en las tres próximas décadas el español puede desplazar al inglés de su hegemónica posición. Mi interés por lo idiomático viene de lejos. Hace tres décadas la evaluación de la asignatura la hacíamos por preguntas de *redacción larga*, pero hubimos de cambiar al tipo test, por tres principales razones discentes: a) mala caligrafía, -en ocasiones ininteligible-; b) generosas faltas de ortografía y, c) pobres recursos narrativos. El problema habría que retrotraerlo, entre otros motivos, a la enseñanza secundaria que incluso ha empeorado con el tiempo. El reciente informe PISA (*Programme for International Student Assessment*) sitúa a España en los últimos lugares de los países de nuestro entorno.

En el XXIII Congreso de SEMI, 1998, propuse para la conferencia de clausura, al Académico de la Lengua D. Gregorio Salvador Caja, que disertó sobre: “La importancia del lenguaje en la medicina”; resultó una experiencia gratificante, amena y pedagógica. Personalmente, en la docencia trato de incardinar en la formación (alumnos de 2º ciclo, residentes, doctorandos, facultativos, etc.) la importancia de cuidar, proteger y mejorar el *español* que hablamos y escribimos; y, en esta línea, vengo dirigiendo un curso del doctorado: *Cómo hablar y cómo escribir en medicina*. Así mismo, en la última Reunión de Jefes de Servicio y Unidades propuse a la Junta Directiva de SEMI crear una “*Comisión de estilo*” que vigile y dé oportuna y cuidada forma a todos y cada uno de los documentos, normativas, programas, boletines y guías terapéuticas; ello redundaría, sin duda, en la mejora literaria de textos, artículos científicos y proyectos de investigación presentados a

convocatorias nacionales. Anacolutos, solecismos, digresiones, pobreza lingüística y “también algo más” (*et aliquid pluris*), deben evitarse para no quedar “atrapados” por el adagio: “El médico que sólo sabe de medicina...”. La palabra es savia nutricia del pensamiento en sus variadas formas expresivas, desde la oratoria seductora –intelectual, científica, de credo, etc.,- a la forma escrita en sus diversas y sutiles formas narrativas. El *verbo* ha sido magnificado por eruditos, científicos, bardos, narradores y otros exponentes de la actividad intelectual. En las letras es el alma, y así lo entendió el autor de obras imperecederas como, *En busca del tiempo perdido*, y, *Los placeres y los días*. Su autor, Marcel Proust (1871-1922) afirmaba: “la verdadera vida, la vida por fin esclarecida y descubierta, la única vida por lo tanto plenamente vivida, es la literatura”. No exageraba el autor de *Jean Santeuil*, pues venía a decir que gracias a la palabra la vida se entiende y se vive mejor, porque la vida fluye y no se detiene aunque las palabras traten de “encarcelarla”.

La forma escrita, complemento de la oral, es insustituible en la profesión; *verbi gratia*: dictámenes, documentos, notas explicativas, informes, cartas, artículos, misivas, manuscritos, actas, cédulas, textos o compilaciones librescas. En todo ello, el dominio de la terminología, morfemas, léxico, morfosintaxis, etc., es clave para eludir barbarismos, extranjerismos –anglicismos, sobre todo- y modismos agresores de nuestra lengua. Algunos ejemplos se recogen en la tabla. Su empleo se debe, unas veces, el afán esnobista de “estar a la última”; castigándose con fruición a oyentes y lectores por oradores, “comunicadores”, docentes y pulcros ejecutivos impresionados por la “fiebre del inglés”; creen causar mayor impacto expresándose, en parte, en la lengua de Shakespeare. Una vez propalados por estos “eruditos de salón”, los yerros corren veloces para germinar inconscientemente en la masa hablante, acrítica, que sigue los dictados de la moda, porque

ignora el meollo de la verdadera cultura. Las numerosas incorporaciones idiomáticas son: innecesarias una vez, perjudiciales otras e impertinentes las más. “Cómo hablar y cómo escribir” debe ser motivo de interés y preocupación para toda persona. El alto número de actividades: congresos, conferencias, reuniones científicas y labores docentes obliga a adquirir adecuada destreza verbal, que pasa, inequívocamente por poseer un rico vocabulario, adecuada fonética y especial capacidad expresiva. La claridad expositiva se apoya, además, en la buena dicción y lenguaje claro y directo sin ornamentos estériles. La penuria lingüística, enfermedad por lo demás frecuente, obliga al que la sufre, a realizar amplios circunloquios y constantes y pesadas repeticiones. En este sentido, cabe recordar la feliz sentencia de Somerset Maugham: “es terrible carecer de medios de expresarse, tener que guardar secretos los propios sentimientos”. La palabra es persuasión, fuerza comunicativa, fantasía, magia, certeza, pasión, taumaturgia y quimera.

Otro asunto de importancia es el abuso de mayúsculas derivado de la literal traducción de textos, especialmente norteamericanos, que anegan libros, revistas, monografías, estatutos, órdenes ministeriales, informes, programas congresuales, seminarios, y simposia, entre otros. Sustantivos como trombosis, hemorragia, diabetes o neoplasia, figuran con asaz frecuencia en mayúscula, independientemente de la posición que ocupen en la oración; aunque según las reglas de la correcta ortografía debieran aparecer en minúscula. La Real Academia establece las directrices en sus páginas de *Ortografía de la lengua española*. Son ejemplos en mayúscula: nombres de pila e hipocorísticos, seudónimos, apellidos y alias, sobrenombres, lugares geográficos, instituciones, organismos y fundaciones públicas o privadas, autoridades eclesiásticas, civiles, académicas o de otra índole, distinciones, premios, títulos y cargos, personajes de ficción y deidades de distinto credo.

Muchos tratan de justificar el uso de términos inadecuados con la excusa del, “qué importa, si nos entendemos.” ¡Pues claro que importa y mucho! En primer lugar, porque como afirmaba Lázaro Carreter, el idioma no es nuestro, sino que es compartido por numerosas naciones y millones de personas en todo el orbe; segundo, si se usa mal, dificultará el entendernos con los demás; y, tercero, porque al igual que en otras facetas de la vida es mandatorio conducirnos con libertad de expresión y no dejarnos arrastrar por el conformismo y proselitismo de “lo correcto”. El uso adecuado de la lengua no es sólo cuestión de estética y adorno sino que afecta a las raíces mismas de la sociedad. Por el bien de todos, es pertinente denunciar y eliminar las taras lingüísticas, por erróneas y nocivas, para la actividad docente, clínica, investigadora, divulgativa o epistolar. Platón (siglo IV a.C.) en su obra (*Diálogos, Apología de Sócrates, Criton, Laques, Fedon*), entre otras cuestiones, se ocupaba del lenguaje. A través de *Cratilo* respondía, “los nombres son el medio que conduce al conocimiento de las cosas”. El sabio griego rechazaba el origen divino del lenguaje para considerarlo una invención del hombre, necesario para la convivencia en sociedad, y destacado papel en el arte, jurisprudencia, culto religioso y relaciones afectivas. Las infracciones de la lengua infieren dos graves consecuencias: a) perseverar en el error, y, b) contagiarlo a un público dócil y poco ilustrado. Los titubeos idiomáticos tienen difícil remedio cuando persisten una vez concluidos los estudios universitarios y se ha tenido, además, hacia la lengua una postura “distante”. Es dramática la situación si los errores no se han corregido en la etapa escolar, ni en los estudios superiores. Por otro lado, es desoladora la fe en lo “espontáneo” –lo producido sin cultivo ni cuidado-, como si fuera sinónimo de dominio, ingenio o improvisación talentosa. Se estima virtuosismo lo primero que viene a la pluma (a la tecla, ahora) dándosele respeto reverencial para colocarlo en orden jerárquico superior al fruto de la reflexión, el trabajo y el estudio.

Otro problema machaconamente presente es el desacertado término, “lengua castellana”, en lugar de, “lengua española”. La controversia no es nueva, se remonta a siglos atrás. Si nos parece obvio que en la vecina Francia, su idioma se denomine, francés –lengua derivada del dialecto hablado en la Île –de-France-; italiano para la lengua del país transalpino; e inglés, como voz de las Islas; de igual manera la lengua que se habla en España tiene su propio nombre, y éste, no es otro que: *español*. Hay que utilizar el término correcto aunque se enojen los airados nacionalistas del edén vernáculo. El sentido común, amén de razones históricas, lingüísticas y de obvia utilidad señalan que el término de nuestra lengua es, *español* -no castellano- que nos une a todos; lengua que cruza océanos y de crecimiento constante en muchos países. Cela afirmaba: “el castellano es el bellissimo español que se habla en Castilla”. En defensa y exaltación del *español* se ha pronunciado, el reciente Nobel de literatura: Mario Vargas Llosa. El asunto lo dejó zanjado en 1918 Menéndez Pidal cuando afirmaba: “Puestos a escoger entre los dos nombres la *lengua española* y la *lengua castellana*, hay que desechar este segundo por muy impropio. Usada (la denominación *lengua española*) desde la Edad Media, vino a hacerse más oportuno en el Siglo de Oro de nuestra literatura, cuando ya la nación contaba con los reinos de León, Castilla, Aragón y Navarra unidos.

La palabra es vehículo de las ideas y su preservación está en los textos. Sin palabras no puede evocarse el pasado que se difuminaría en las brumas del olvido. La palabra, expresa pensamientos, salta ágilmente de bocas a oídos, cruza vertiginosa ante millones de seres a manera de vehículo o argamasa de la vida social; es portadora de pensamientos, afectos, verdades, mentiras, loas, diatribas, sueños, quimeras, y realidades; su poder es inaprensible y *cuasi* infinito. Gracias a la palabra se narran las grandes gestas de la Historia –científicas, religiosas, artísticas o de pensamiento-, pero su fuerza ha sido también y es testigo de las mayores atrocidades. *La Real Academia Española, El Instituto Cervantes* y

otras instituciones culturales, como la *Fundación del Español Urgente*, mantienen incólumes los cometidos de velar por el correcto uso del español: fruto del sedimento del tiempo y nacido de los usos, costumbres y tendencias evolutivas de la sociedad. En la actualidad veintidós academias cuidan, protegen y “dan esplendor” a esta lengua maravillosa. Conviene recordar a todo aquel en trance de ser oído o leído el certero juicio de Lázaro Carreter: “...no debería olvidar nunca que casi todo puede decirse, como mínimo, de otra manera que tal vez sea mejor, mas clara, mas rotunda, mas irónica, menos enrevesada, mejor ajustada al asunto, a su intención, a las expectativas de quienes han de leerlo u oírlo, y al momento. (Ah, la consabida excusa de la prisa, que a tanta desidia o a tanta torpeza suele servir de paradero)”.

En suma, nacemos en un idioma de lejano viaje en el tiempo; rico tesoro al que, en sentido lato, debemos cuidar, enseñar y propalar a las gentes, e incitar la seducción hacia el placer de leer. Y, para finalizar, cerremos este breve exordio otorgando la palabra a la Real Academia de la Lengua: “La correcta escritura, el buen uso del léxico y el dominio de las reglas gramaticales constituyen los tres grandes ámbitos que regulan la norma de una lengua...”.

BIBLIOGRAFÍA

B. Gil Extremera. La importancia del lenguaje. Fonendo 1:4;1984

B. Gil Extremera. Anglicismos en la lengua española. VI Reunión Nacional y I Internacional, Sociedad Española de médicos Escritores. Granada 12-14 de octubre de 1992

Diccionario terminológico de ciencias médicas. 13ª ed. Masson, Madrid, 1998

F. Lázaro Carreter. El dardo en la palabra. Galaxia Gutenberg, 1ª ed. Barcelona 1997.

B. Gil Extremera. La medicina, pasado y presente. Ed. Alhulia, S.L. Granada, 2008

M. Vargas Llosa. Discurso, investidura de *Doctor Honoris Causa*. Universidad de Granada, 2009

B. Gil Extremera. Enfermos ilustres. Enfermedad, fuerza creadora Ed. Alhulia, S.L. Granada, 2010

M. Vargas Llosa. Elogio de la lectura y la ficción. Discurso Nobel, 7 diciembre de 2010; Fundación Nobel 2010

ORTOGRAFÍA de la lengua española. Ed. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. Espasa Libros, S.L.V., Madrid, 2010